

PREMIO DE RELATOS CORTOS

LOS MONEGROS

2017



Edita:

Instituto de Estudios e Investigación de Los Monegros

Avda.Fraga,s/n 22200 Sariñena

e-mail: ieim@monegros.net

Depósito legal: HU 284 2017

Imagen Portada: La Cobeta. Jubierre.

Fotografía: M^a José Urraca

Web relatos cortos:

www.losmonegros.com/sitios/relatos

Componentes del jurado:

Jesús Brau Grasa

José Ángel Sánchez Ibañez

Miguel Ángel Ordovás Mateo

Oscar Sipán Sanz

Cristina Grande Marcellán

PREMIO DE RELATOS CORTOS

LOS MONEGROS

2017

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	7
1^{er} PREMIO <i>Benjamín Pulido Navas</i> “Mencey”	9
2^o PREMIO <i>Matías Candeira</i> “Sus mejores amigos”	25
MEJOR RELATO MONEGRINO <i>Marta Armingol Armañac</i> “Los gatos no tienen dueño”	41

El Certamen de Relato Corto “Tierra de Monegros” continúa en línea ascendente. Prueba de ello, es un palmarés acumulado a lo largo de 19 ediciones que acredita el prestigio de un concurso que también ha sido trampolín de nuevas figuras descubiertas para el panorama literario nacional. Nombres hasta entonces desconocidos se unen a figuras consagradas que suman a su laureado curriculum el “Tierra de Monegros”. Un premio sinónimo de rigor, transparencia y profesionalidad, gracias al buen hacer de un jurado que se vuelca con la organización y lleva a cabo un gran trabajo que desde estas líneas quiero agradecer.

Los ganadores de la 19ª edición enriquecen más si cabe la trayectoria de este certamen. Quiero destacar en esta ocasión la categoría al Mejor Relato ambientado en Los Monegros porque ha sido escrito por una monegrina, nacida en La Cartuja de Monegros, Marta Armingol, lo que es un doble motivo de satisfacción. ¿Quién mejor que alguien que se ha criado entre los horizontes infinitos de Los Monegros para que proyecte su singularidad al mundo? Mi enhorabuena también al ganador, Benjamín Pulido, y a Matías Candeira, segundo premio, cuyos sensacionales relatos están publicados en este libro que tienen en sus manos y que, como cada año, edita la Comarca de Los Monegros. Quiero agradecer su participación y también la de los 515 autores que, en esta edición, han enviado sus relatos desde 25 países diferentes.

La Comarca de Los Monegros renueva un año más su apuesta por este Certamen, que supone un gran medio de promoción de este territorio ligado a la Literatura. Con la vista puesta en el 20 aniversario del “Tierra de Monegros” nos esforzamos para acercar cada día más la Cultura a nuestros pueblos. Disfruten con la lectura. Nos leemos en la 20ª edición.

Rafael Uriol
Consejero Comarcal de Educación y Cultura



PRIMER PREMIO 2017

Mencey

Benjamín Pulido Navas

Benjamín Pulido Navas

De familia andaluza, nací en Talavera de la Reina hace 47 años. Soy licenciado en Ciencias Políticas y Sociología por la Universidad Complutense de Madrid y en Geografía e Historia por la UNED. Actualmente trabajo como técnico de formación en una fundación del sector público.

Comencé a escribir en la adolescencia algunos ripios y cuentos de abundante floritura, conflictos morales-psicológicos y descripciones. Luego me moderé algo. El cuento ha sido mi soporte básico durante más de veinte años, pero de vez en cuando realizo incursiones nocturnas en el mundo de la poesía y últimamente me he vuelto un intruso en el ámbito de la novela. Tanto en prosa como en verso me gustan las buenas historias, con mucha miga o con argumentos incontestables; si poseen ambas cosas es el delirio.

He publicado cuentos en algunas revistas como “The Sorden”, de Talavera de la Reina (1995-96), “Hermes”, de Toledo (1997-98) y “El Cobaya”, de Ávila (2005). También he escrito diversos artículos de opinión en Eldiario.es, edición de Castilla-La Mancha.

En cuanto a certámenes literarios, he ganado alguno y quedado finalista en la mayoría:

1996-Ganador del Concurso de Poesía de la Mujer Trabajadora en Talavera de la Reina (jamás se publicó).

2002- Finalista en el concurso “Cuentos de La Granja”, en la Granja de San Ildefonso (Segovia). Publicaron un libro.

2004- Tercer premio en el Concurso de Cuentos “Emigración, Inmigración e Interculturalidad”, organizado por la UGT y el Ayuntamiento de Alcobendas. Se publicó un libro.

2005- Primer finalista en la segunda edición del Concurso de Cuentos “Emigración, Inmigración e Interculturalidad”, organizado por la UGT y el Ayuntamiento de Alcobendas. Se publicó un libro.

2005- Segundo premio en el “Concurso de Relatos Picarescos” de Toledo, organizado por el Bar Pícaro y las Ediciones Covarrubias. Se prometió publicar un libro pero jamás lo hicieron.

2008- Segundo premio en el “Concurso de Relatos Juana Ruiz Bravo”, de Huelva. Se publicó un libro.

2010- Accésit en el XLVI Concurso Internacional de Cuentos “Miguel de Unamuno” de Salamanca, patrocinado por Ibercaja y Cajaespaña. Se publicó un libro.

2013- Tercer Premio de Poesía en el Certamen del Molino de la Bella Quiteria, en Munera (Albacete). Se publicó una antología.

2017- Accésit en el IX Concurso Literario de Cuentos “Chimeneas Vigías”, de Alguazas (Murcia).

Mencey

Benjamín Pulido Navas

El verano ya barruntaba la proximidad de sus vacaciones. Eran los primeros días de septiembre, y aunque los turistas comenzaban el retorno en bandadas de 600 y 124, nosotros teníamos aún quince días para disfrutar de aquella temperatura, cálida y dulce, que en ese período del año acostumbra a remolonear entre la arena de la playa haciendo pereza por marcharse a pesar del otoño en ciernes.

La tarde que ocurrió todo, mi padre, tras hacer de porteador bengalí, anduvo colocando los pertrechos necesarios para una tarde de playa en familia. A saber: dos sombrillas de cervezas “Mahou”, regalo de Paco el de la bodega; cuatro sillas plegables, para mamá, la abuela, el tito César, que llegaría mas tarde, y claro está, para él mismo (los niños no nos sentábamos más que en la arena), un par de jarapas y la mesa plegable de camping. Luego infló, uno a uno, a pulmón y sin ayuda, toda una pléyade de flotadores, manguitos, balones y colchonetas para la jauría de primos, hermanos y amigos que allí nos juntábamos. Para terminar, y con los alvéolos bien abiertos, se fumó con inmenso

placer un “Mencey” de principio a fin, antes de ir al coche a por la nevera de las bebidas, última actividad imprescindible para comenzar como Dios manda un intenso día de playa con toda la familia y los enseres ubicados donde corresponde.

Sujetaba el cigarrillo con la punta de los dedos índice y corazón, presionando muy ligeramente el cilindro blanco de papel preñado de tabaco negro canario, dando caladas largas que sólo parecían finalizar cuando abría la boca y algo de humo huía. Mientras, miraba las olas que el horizonte empujaba hacia la costa.

Recuerdo que, a veces, me mandaba al estanco o al bar para que le comprase un par de cajetillas, y yo le desliaba los precintos de plástico. Él se enfadaba y me decía “niña, que se me resecan”, lo cual era una completa estupidez porque se fumaría ambas ese mismo día y no daría tiempo a que el tabaco se echase a perder. En cualquier caso, aquella gamberrada yo no lo hacía a mala idea, sino por deleitarme con el olor del tabaco; la funda transparente impedía que mis sentidos percibieran algo, y por eso las quitaba. Para mi nariz de niña, y por lo que a ésta llegaba a través del papel plateado, cuidadosamente plegado, que cerraba el paquete, “Mencey” poseía un aroma muy intenso, casi agrio, que tenía la mala costumbre de mezclarse con el olor de la tinta del paquete, vestido de elegante color negro como un traje de fiesta y adornado por un dibujito que parecía una antorcha, y en el centro las letras de “Mencey” en color verde, impresas en una grafía puntiaguda e inclinada que descansaban sobre la palabra “Capote”, el nombre de la compañía que lo fabricaba, o eso creo.

Me gustaba mucho verlo fumar. En ocasiones papá reparaba en que lo estaba mirando con la vista perdida,

y alguna vez espantaba mi embobamiento con una carantoña súbita y una risotada de voz rocosa y de aguardiente.

-¡Qué miras, niña!, ¿soy feo o soy muy feo?

Y yo me abrazaba muy fuerte a su cuello y le gritaba “*no, no, eres muy guapo, muy muy guapo*”. Conmigo amarrada a su cuello se levantaba y giraba dando vueltas hasta que ambos caíamos mareados sobre la arena, muertos de la risa.

II

Tenía doce años y aún era una niña.

Una niña estúpida que apenas sabía nadar.

Una niña estúpida de Madrid que quería presumir ante sus primos y amigos del pueblo de que no necesitaba el flotador ni cosa parecida que la sustentase sobre el agua, porque ya nadaba como Mark Siptz.

Ni siquiera estaba la mar revuelta. Nos metimos en el agua Pedrito, Vicente, Felisa y yo. Hacíamos pie. Oí a mi madre de lejos algo sobre ponerse el flotador, pero ni la miré. Vicente comenzó a nadar hacia las olas y los demás lo siguieron. Yo también, y aunque las primeras brazadas me impulsaron con cierta seguridad, una ola que surgió de improviso, más grande de lo que mis técnicas natatorias eran capaces de afrontar, hundió mi cuerpo hacia el fondo. Tragué agua y los remolinos de espuma me zarandearon como si fuera una muñeca de trapo. Estaba desorientada; conceptos como abajo y arriba habían perdido sentido; soterrada bajo las aguas veía un sol anaranjado —o su reflejo, no sé— deformado por la aberración que los líquidos ejercen sobre la luz, que se derretía y se volvía a constituir en astro según marcaran el movimiento de las olas.

Estaba quieta; ya no hacía por agitarme o nadar.

Puedo decir que empezaba a encontrarme a gusto así, levemente mecida por las aguas frías del fondo, embriagada por la ausencia de oxígeno y por cierta oscuridad que me rodeaba, que me abrazaba en una caricia tranquilizadora, susurrante, “*ya, ya está, quieta, relájate, no pasa nada...*”.

Silencio, penumbra, sal, burbujas leves.

Antes de cerrar definitivamente los ojos atiné a ver que una mano atravesaba mi envoltorio de oscuridad -que se había tornado sólida y pastosa como la brea- y me asía del pelo para tirar de mí. Como avergonzada y descubierta en su delito, la oscuridad se retrajo escabulléndose hacia el fondo.

Todo volvía a adquirir sentido. Arriba las olas, el sol, la espuma, el aire, la vida. Abajo la arena, las algas, las botellas que tiran, los peces, la muerte. A mi lado, mi padre nadando como un tritón mitológico, salvador, que tiraba de mí hacia la superficie. Cuando pudo hacer pié me tomó en brazos y corrió hacia la orilla. Jadeaba extenuado. Allí, entre cubos de colores y conchas de berberecho como hermosas y redondas setas petrificadas que nacieran en la arena, tapó mi nariz, alzó mi nuca y me practicó el boca a boca.

Mi padre sabía a tabaco y a resuello de vida. La opinión general es que el aliento de los fumadores es desagradable. Hoy suele decirse que besar a una persona fumadora es como lamer un cenicero. Otros, menos prosaicos, afirman que el olor de un fumador es el de la podredumbre lenta del que se va muriendo despacio, un poco cada día, ante la atenta mirada de los sanos que no fuman. ¡Que trágicos se ponen algunos, por favor!; por lo general, lentamente muere cualquiera, cualquiera que esté vivo, claro está. Lo verdaderamente malo es morirse a destiempo o por culpa de un sinsentido. En

cuanto al aliento, seamos sinceros, a partir de las once de la mañana nadie tiene buen sabor de boca y cualquiera con sentido común evita proyectar su aliento a la nariz del compañero después de la hora mencionada.

Pues bien, mi padre, fumador, con su aliento de fumador –que fue el último de su vida- me devolvió la mía, y puedo asegurar que la vida es el más sabroso y succulento de los manjares, el aroma más ligero, delicado y adictivo que pueda existir, aunque venga envuelto en olor a fumador de tabaco negro. Recuerdo ese sabor que me hizo despertar, reaccionar; luego abrí los ojos y un acceso salado que inundó mi boca hizo que me incorporara y que vomitase sobre mis piernas toda el agua del mar. Entonces lo vi, a mi lado, sujetando con una mano mi nuca y con la otra conteniendo un dolor infinito que luchaba a sangre y fuego por escapar de su pecho con el botín robado de la vida. En el rostro de papá, la muerte, rodeándolo de oscuridad y susurrando en su oído “*ya, ya está, quieto, relájate, no pasa nada...*”.

III

A diferencia de lo que él hizo conmigo, nadie llegó a tiempo para rescatarlo de la negrura que lo envolvió llevándose los dios sabe donde. Como cualquiera podría imaginar, a mi padre lo mató un inapelable infarto de mil demonios, producido por la acumulación de varios sobreesfuerzos: la carrera que se dio a través la playa cuando alguien gritó que una nena se ahogaba, el tramo que nadó como un campeón hasta donde mis primos me buscaban, sumergirse y bucear en el agua turbia a toda prisa y aguantar la respiración -mucho más tiempo de lo que su capacidad pulmonar podía soportar- hasta dar conmigo y sacarme a la orilla para cederme el

aire de la vida que a él le faltaba, y todo realizado a máxima velocidad por un hombre que podía fumarse dos paquetes de “Mencey” todos los días, y que lo más cerca que estaba del deporte y la vida sana era cuando pasaba junto al Vicente Calderón de camino al trabajo. Como digo, un infarto inapelable.

IV

Todo sucedió tan rápido que no pudimos padecer ni regodearnos en nuestro dolor y sufrimiento con calma, o en cualquier caso con el tiempo y la dedicación que papá se merecía. Mi madre hizo de tripas corazón y se echó a la familia a las espaldas. Aparcando su pena en doble fila, organizó los asuntos con la empresa de pompas fúnebres para el traslado a Madrid del ataúd y el tema de flores, coronas y misas de difuntos; en cuanto el juez levantó el cadáver, nada más finalizar el engorroso papeleo burocrático con el hospital y el juzgado, y sólo cuando tuvo a papá dentro del féretro, maquillado y vestido de impoluto traje oscuro, procedió a arreglar por teléfono con el ayuntamiento las cosas del entierro, que sería en el cementerio de Carabanchel, en la misma tumba donde descansaba el abuelo, el padre de mi padre. Cuando todo lo importante estaba encarrilado, mamá nos organizó a todos -atontados que estábamos aún por el golpe- para hacer equipajes, recoger los chismes de la casa, la playa, y guardarlos en el trastero de la cochera. Después mi madre cogió el volante y partimos en caravana hacia Madrid, tras la estela que dejaba el “Dodge Dart” negro que transportaba a papá en su último viaje en coche a una velocidad por encima de los límites establecidos en el código de la circulación. Jamás pensé que esos trastos tan aparatosos, que evolucionan lenta y cadenciosamente majestuosos en

los entierros de las películas, con la familia del finado caminando detrás, pudieran correr tantísimo.

En a penas dos días habíamos acabado precipitadamente las vacaciones, habíamos vuelto a casa y enterrado a papá, y también de la misma manera precipitada el otoño llegó atropellándonos con ventiscas, lluvia y frío advenedizo; las tardes se terminaban antes, antes llegaban las noches y como noches eran los ínfimos días plomizos que conducían inexorablemente hacia el invierno, el primer invierno sin mi padre.

En medio de este decorado propicio para la tristeza, y ya sin prisas, cada uno de nosotros lo echó de menos a su manera y por su lado. Mamá estuvo un par de meses en la cama, llorando como ida y mirando hacia el infinito de la pared de su dormitorio. Si no llega a ser por la tía Juli, que se instaló en el sofá del salón durante el tiempo que mamá anduvo medio perdida por el mundo de los muertos, creo que hubiéramos fallecido de hambre y pena.

V

Para cuando llegó el verano siguiente ya había cumplido los trece años, y seguía sin saber nadar bien. Digamos que la muerte repentina de papá y sus circunstancias, el otoño mediocre y el rotundo invierno, trajeron a mi vida un sol negro y helado que me hizo ganar estatura y madurar a marchas forzadas -contra natura diría yo- como persona y como mujer. Además de granos en la cara, de un plumazo me salieron tetas de verdad y la menstruación, sin previo aviso, se presentó sobre mi vientre derrapando en su deportivo rojo. Vestida con todos estos nuevos complementos me enfrentaba a la nueva imagen que, de mi misma, tenían los demás, por ejemplo los chicos de mi edad, que sólo me miraban las

tetas, pero sobre todo los adultos, suponiéndome una adolescente responsable porque, además de huérfana, tenía hermanos pequeños y en tales circunstancias mi obligación como primogénita no podía ser otra que ayudar a mi madre. Y así era, la verdad.

Mamá insistió mucho para que pasásemos las vacaciones en nuestro apartamento de la playa, y como siempre se salió con la suya. Yo no quería volver al último techo que compartí con mi padre, al mar del que me salvó, al mar que lo condenó, a la playa que lo vio fallecer, a la arena que le sirvió de mortaja. ¿Por qué no ir a Santander, donde papá nació, o a Soria a ver a los tíos? Y mi madre me cogía de los hombros, me miraba como a una igual, como a su compañera de penurias y trabajos, y decía que mi padre había trabajado mucho para comprar el dichoso apartamento, que era muy feliz en él, que Santander y su clima siempre le dieron mil patadas y que, de haber podido elegir, es muy probable que hubiese pedido morir en el sur, en su apartamento, con su familia.

No había nada más que hablar. Cuando agosto entró resoplando en la estación, mi madre se encaramó al 1500 con mi abuela y con nosotros y enfiló hacia Despeñaperros por la carretera de Andalucía. Llegamos muy tarde y reventados de ir en caravana. Finalizada la tarea de descargar el equipaje, cenamos algo de fiambre y ensaladilla campera. Luego nos fuimos todos a acostar. Él estaba allí, en mi cabeza, y aunque no era su intención, su presencia no me dejaba pegar ojo.

Al día siguiente mi madre se levantó con una alegría inusitada que se contagiaba como un virus tropical. Desayunamos toda la familia junta con el mar enmarcado por el ventanal del salón. Azul y manso nos llamaba. Hablamos de que mientras los niños y yo nos

quedábamos en la playa, mi madre y la abuela irían a comprar pescado para la comida. Me encargué de bajar al trastero para buscar las sillas, las sombrillas y los flotadores mientras mis hermanos jugaban a indios y vaqueros en la terraza y mamá recogía la cocina. La tarea de "bajar al trastero", desde que compramos el apartamento, pertenecía a mi padre, y por lo que parecía me había tocado heredarla.

Olía a cerrado, a salitre cristalizado, al humo de los tubos de escape. Enumerada así, esta mezcla de olores evoca algo repugnante, casi tóxico, pero no puedo decir que me desagradase; aquel ambiente estaba cargado, pero de buenos recuerdos. Allí estaban las sillas, más tiradas que colocadas, contra la pared, y también las sombrillas, sin atar y fuera de sus fundas. Las prisas por volver a Madrid al morir mi padre no permitieron que el que colocara los trastos de verano –ignoro si fue el tito César o algún vecino con ganas de ayudar- pudiera ser meticuloso y ordenado.

Las colchonetas de plástico estaban desinfladas pero sin doblar; andaban hechas un liote de mil arrugas mal colocado sobre la estantería. Lo mismo pasaba con los manguitos de mis hermanos. Un flotador con cabeza de pato que olvidaron deshinchar, servía de improvisado bastidor a la labor que una araña de largas patas se esmeraba en confeccionar. Recogí las sombrillas, las sillas y los manguitos para mis hermanos, pero sólo había tres. El que faltaba andaría por allí perdido entre el caos del verano pasado –nunca mejor dicho- así que cogí el flotador con cabeza de pato. Al intentar abrir la válvula con los dientes para desinflarlo y guardarlo así en el capazo de ir a la playa, el aire conservado desde septiembre pasado salió inundando mi boca. Papá estaba ahí, en el interior del flotador.

VI

¡Dios!, mi padre, su sabor, su aliento, una de sus últimas expiraciones se encontraban conservadas en aquel pato inflable. Las piernas no me sostuvieron y caí de culo sobre el suelo de cemento basto.

Volví a acercar la válvula a mi boca y apreté ligeramente el flotador. Otro chorro de aquella sorpresiva esencia paterna entró en mi boca. Cerré los ojos. Dejé que el aire saliera despacio y lo dirigí hacia mis mejillas, mi nariz, mis ojos, mi cuello. Papá estaba sentado junto a mí, sentía su presencia y aliento sobre mi rostro; se acercaba y respiraba junto a mi piel, inspiraba, expiraba, ¡vivía!, vivía en una especie de simulacro artificial e involuntario que me lo devolvía por instantes. Sólo le faltaba decir “*¡Qué miras, niña!, ¿soy feo o soy muy feo?*”

Olía a “Mencey”, a vida pretérita conservada, enlatada. Dos lágrimas fugitivas escaparon de mis párpados entreabiertos y fueron a suicidarse contra la goma del flotador. Cerré su válvula rápidamente y a conciencia. No podía derrochar la esencia de lo único real que quedaba de mi padre: su casi último aliento.

Fui a mi habitación y guardé aquel flotador en el agujero más recóndito del armario y no le dije nada a mi madre. Tal vez debí compartirlo con ella, pero además de llegar a la conclusión de que soy una apestosa egoísta, pensé que ella ya disfrutó de mi padre como su mujer que era, por lo que aquellos últimos estertores de vida embutidos en el flotador sólo podían ser míos y de nadie más.

VII

El contenido gaseoso del pato duró –haciendo un verdadero ejercicio de dosificación racionada y racional

bastante rácano- hasta noviembre, y cuando se acabó comencé a fumar “Mencey” a escondidas con mis amigas. Ellas preferían “Bisonte” o “Lucky” por ser suave y rubio, elementos ambos más cercanos a la modernidad y al modelo americano que veíamos en la tele y en el cine. Es cierto que sus cigarrillos eran muy sugerentes y olían mejor que los míos, pero yo, en cambio no tenía otra manera de conjurar la presencia y la vida de mi padre que fumar el mismo humo que se lo llevó por delante.

Así estuve hasta que dejaron de fabricar aquella marca de tabaco. Luego abandoné definitivamente el vicio de fumar.



SEGUNDO PREMIO
Sus mejores amigos

Matías Candeira

Matías Candeira

Matías Candeira (Madrid, 1984) es escritor y guionista. Trabaja como profesor de creación literaria y coordinador de clubes de lectura en diferentes centros e instituciones, con especial presencia en la Escuela de Escritores de Madrid. Parte de su trabajo creativo ha transitado la publicidad, el cortometraje o el guión de videojuegos.

Es autor de la novela *Fiebre* (Candaya, 2015), de una nouvelle ilustrada, *La segunda vida* (Aristas Martínez, 2014), y de cuatro libros de relatos: *La soledad de los ventrílocuos* (Tropo Editores, 2009), *Antes de las jirafas* (Páginas de Espuma, 2011), *Todo irá bien* (Salto de Página, 2013) y *Ya no estaremos aquí* (Salto de Página, 2017).

Ha recibido numerosos premios literarios en el ámbito del relato breve (Gabriel Aresti, INJUVE de Narrativa, Ignacio Aldecoa, Jóvenes Creadores del Ayuntamiento de Madrid; entre muchos otros) y sus textos han sido recogidos en revistas como Quimera, Turia o El estado Mental; y en antologías representativas de España y Latinoamérica, la más reciente: *Última temporada: nuevos narradores españoles* (Lengua de Trapo, 2013).

También ha sido reconocido con becas de creación para la escritura de sus libros: La beca de la Fundación Antonio Gala para Jóvenes Creadores (Córdoba), la de

la Fundación Han Néfken (Barcelona), la de Acción Cultural Española, para residir en la Cité International des Arts (París); y la Beca Leonardo de la Fundación BBVA, destinada al reconocimiento de los creadores e investigadores españoles que destaquen por la excelencia en su campo.

Sus mejores amigos

Matías Candeira

Pronto atardecerá en la villa. Un viento cada vez más furioso levanta las patas metálicas de la portería y vuelve a dejarla en su sitio. La infancia sucede. El mundo gira hasta el segundo tiempo y, entonces, arde de orgullo cuando ese balón de fútbol cruza el aire en una curva poderosa, desciende unos segundos y llega hasta el marcador del equipo contrario.

Uno a cero.

En fin, si se los mira con atención, se podría muy bien decir que esos niños manchados de barro son los más listos y los más decentes de toda la Tierra. Hay uno al que le falta una pierna y al que llaman Velociraptor, por su agilidad con las muletas en el salto hacia adelante. Ya que no puede jugar, él también anima y

hasta hace de árbitro para todos; a veces con gestos de sé mirar vuestro destino. Otro es bizco, y placa con sangre en las faltas y le habla muy bien a las chicas. Uno de más allá está organizando el ataque. Se llama André. Es el que suele chutar el balón con la fuerza de una sierra industrial, tiene la mejor consola y una vez, a pesar de la rabia, le cortó las uñas a su padre antes de que le metieran en la cárcel. Giuseppe, Oscar, Guido, Clement... Hay doce, y es así como sucede. Cada uno tiene su lugar. Cada uno es el mejor en su trabajo.

Lo cierto es que todos juegan, excepto Philippe.

Philippe está quieto en mitad del campo.

Ah, Philippe, ese pobre chico. Apenas se mueve o acierta a tocar la bola. Esta tarde el fútbol no le parece algo de verdadera importancia. Hay ahora preocupaciones más urgentes, más terribles, como haber visto a su madre llorar a escondidas con un programa de televisión sobre perros acróbatas —es por esa infancia espantosa, se dice Philippe, que ha tenido—; o esta mañana, con eso que le ha pasado a su familia, ese secreto que le hace sudar. Pronto anochecerá. Todos se marcharán a casa en una fila.

-Bueno, y a ti qué mierda te pasa —dice Oscar; es de su equipo—. Te ha pasado el delantero. Le podías haber hecho morder el polvo.

Philippe, este niño de trece años un tanto regordete, la piel muy blanca, una camisa enorme de franela roja abotonada hasta el cuello, ha aguantado bastante tiempo sin invitar a sus amigos a casa a que coman bocadillos. Esto le pesa en mitad del corazón, la imposibilidad de celebrar una merienda. Hace ya años que le miraron

porque tenían preguntas, y Philippe, con esa mirada encharcada, tampoco se atrevió a decirles que Olson, un amigo imaginario que tenía, había muerto en sus brazos, como toda la gente que merece la pena. Querrían saber, claro, por qué nunca les deja cruzar el umbral de la granja o qué razón hay para que siempre diga que es mejor no hablar con sus padres. Pero entre ellos los secretos han de respetarse con la fuerza de leyes más antiguas que todos; porque si no te invitan a merendar, si no tienes consola, quién sabe si es porque te lo mereces o es que tu familia da miedo.

Ahora, mientras sus amigos corretean, mientras se agrupan con formas caprichosas en el centro del terreno—Rostif ha igualado el marcador y se ha untado un poco de hierba en la cara, como los viejos mohicanos, ejecutando obscenos rugidos de satisfacción—, Philippe, sucede así, se hunde del todo. Entonces habla, o gimotea, más bien:

-No, no quiero seguir con esto.

-¡Que juegues de una vez! —le grita otro, dándole un manotazo en la nuca—. O vas a estar toda la vida siendo un gordo. ¡Juega, maldita sea!

El partido se detiene. Ese viento embiste a la portería con un crujido seco y asesino, y todos miran muy enfadados a Philippe. Pero él ya no puede más. Ya no puede, sencillamente.

-Bueno, a ver, ¿qué es? —interroga André—. ¿Te han puesto a dieta?

Philippe se queda mudo unos segundos. Luego respira hondo, hasta liberarse.

-Ha muerto mi cabra.

Hay un silencio grave y amarillo.

-Philippe, ¿te has bebido el whisky de tu padre?

-Mi cabra —repite—. Oblonga.

-¡¿Pero tú no tenías un gato, imbécil?! —grita otro, visiblemente molesto por la mentira y la traición—. Nos dijiste que no podía salir de tu sótano.

-Ya, ya. No me gusta, soy el primero al que no le gusta, pero os he mentado. Tenía que hacerlo. Oblonga ha abandonado la Tierra esta mañana.

-¿Cómo se te mueren las cabras? —opina otro más—. Esto me intriga.

Philippe se frota las manos en círculos. En su cabeza, es probable, ha aparecido ahora la verdad del horror; helada, con la forma de un pico.

-Mi padre la ha llevado al bosquecillo —dice—. Me ha prometido que era sólo para hablar con ella, porque se estaba metiendo dentro de nuestra cabeza y oíamos voces. Pero yo sé que no me estaba diciendo la verdad.

Algunos se fijan en Velociraptor. Es al que siempre le sangra la nariz, sobre todo cuando una intuición le atraviesa.

-Bueno, veréis —dice; y los mira a los ojos uno a uno—. Aunque no deba ser calificada como animal de compañía, la cabra es un animal con innumerables ventajas. Puede colmar de amor a los viejos, por ejemplo. Y además te vale para impedir que los rateros te entren en casa y amordacen a tus padres. La cabra es un buen sistema de alarma. El más antiguo del mundo. Hay datos científicos que lo avalan.

Cuando escucha a su amigo, Philippe tiembla de

una manera muy extraña. Se le notan unas pequeñas venas azuladas bajo los ojos. Dos gruesas lágrimas como piedras le bajan por las mejillas rechonchas y, muy despacio, van a morir a la hierba. Ahora se cubre la cara. De pronto, ve la oscuridad caliente dentro de sus manos. Sabe que en quince o veinte años le cabrán los pantalones y las camisas. Últimamente se ha reconocido en sus sueños, más delgado y con una cicatriz que le cruza el ojo, hablándole a un templo en penumbra lleno de gente. Personas que lo miran con ojos alucinados, que se arrodillan sin hacer preguntas. Piensa en la esperanza que da confesar y mirar la vida. Son sus amigos, al fin y al cabo. Tendrán que entenderlo. La vida, a veces, baraja para nosotros las peores respuestas.

-Estamos todo el rato jugando al fútbol —les dice—. Ya, ya sé que sentimos la necesidad de la sangre, de hacernos pupa. Pero hoy no puedo jugar. Es que no puedo, de verdad que no. Me he mareado.

-Pues vete a que te llene de babas tu madre.

-Quiero enseñaros a Oblonga, que para mí era muy importante. Compartid este momento conmigo.

-A la mierda el partido —se escucha ahí atrás.

Algunos patean el suelo y empiezan a mascar chicle. ¿Queda tiempo para esta minucia? No, no queda. El marcador está igualado. Otro de ellos, poco templado y de mal carácter, piensa en enterrar vivo a Philippe o llevarlo al bosque a “hablar tranquilamente con él”, tal y como parece que le ha sucedido a la cabra.

Philippe saca del bolsillo un papel grueso. El tiempo lo ha hecho más y más amarillo. Como cruje, lo desdobra muy despacio, con ternura.

-Esta es Oblonga —dice—. Con el permiso de mi madre, el ser a quien más he querido en toda mi vida.

Todos forman un círculo y, al ver aquello, tragan saliva. Varios empiezan a apartarse, tensos, sin saber cómo poner palabras a lo que sienten. En la fotografía, Philippe lleva unos pantalones cortos de marinero y sonrío mientras intenta que su brazo rodee el cuello de Oblonga. Están en mitad de un granero, aunque la penumbra no permite ver las paredes. La cabra, si puede llamarse así, tiene la altura de un hombre y está erguida, con esa elocuencia de los seres que pueden leernos por dentro. En realidad es una criatura doble, como si dos cuerpos palpitantes llenos de bultos, ocho patas en total, se hubieran juntado de pronto en torno a un cabeza con ojos que tienen el color de la cera derretida. Ojos de algo desconocido. Ojos de algo que no pertenece a este mundo ni se puede cocinar con la receta de una madre bondadosa. Ahí donde tendrían que estar los cuernos, hay dos cicatrices purulentas.

Philippe ha empezado a sollozar en silencio; y como si no hubiera nada que se pudiera decir ante una pena como la suya, que pesa mucho más que las congojas de los otros; como si este asunto debiera ser zanjado para que ninguno tenga que enfrentarse a ese temor que sienten, André toma la palabra. De pronto, todos han empezado a sentir mucho frío.

-Mira, gordito —dice, poniéndole su mano viscosa en el hombro. André a veces parece otra persona, una muy desagradable—. Todo el día andas guardándote cosas y secretitos. Esto y lo otro. Además, tú piénsalo bien. Se habrá muerto por algo. Cuando pasó aquello de

los nazis, lo primero que se cargaron fue a las mujeres judías y a los niños, y después, a las cabras.

De nuevo, todos miran a Velociraptor, que se apoya en las muletas.

-Es posible que ese dato no sea cierto —dice, limpiándose un hilito de sangre de la nariz.

Como el agua hirviendo, el grupo va enfureciéndose. Mascan los chicles de forma anárquica. Hay murmullos de desaprobación. Son muchos.

-Nos importa una mierda tu cabra, Philippe. Mañana se te habrá olvidado.

-Deberías haber tenido un gato con rayas. Con eso sí habiéramos parado el partido con razón.

-¿Cómo has podido querer a esa cosa? Mírala, no cabe por las puertas. No le puedes tirar la pelota.

-Dejad de meteros con ella —dice Philippe, y se toca nerviosamente el botón de la camisa—. Era extraordinaria.

Varios vuelven a consultar a Velociraptor. Él les sostiene la mirada a todos y blande la muleta.

-A ver, a ver, calma —insiste—. Resulta raro que alguien pueda querer a esa criatura asquerosa, aunque no es descabellado pensarlo. Yo, desde luego, no soy ningún dogmático. La pierna que me falta me lo impide.

André, en un descuido de Philippe, se adelanta y le quita la foto. El viento hace crujir tanto la portería. Arriba y abajo, las patas quieren marcharse de allí y arrancar toda la tierra que hay alrededor.

-Mi foto —susurra—. No hagas bromas con eso, André.

-Te vas a olvidar de tu cabra y vamos a jugar al fútbol. Hay que acabar el partido. Es una ley que todo el mundo conoce.

-Devuélvemela.

André niega con la cabeza. Ese vendaval siniestro crece y arranca un poco más las patas de la portería. Entonces abre la mano. Philippe también cruje, se hunde en el polvo, cuando el viento se lleva la fotografía de Oblonga. Gira, se eleva caprichosamente y un segundo después ya se ha perdido de vista. Philippe cae de rodillas sobre la hierba y solloza.

El grupo se ha animado. Minutos después, la han llamado mugrosa, criatura pedorriente y otras cosas peores. Sólo Velociraptor permanece en silencio. Se mira su único pie, un poco avergonzado por toda esa saña. A Philippe ya empieza a resbalarle por dentro la gelatina caliente del odio. Aprieta los dientes, se le secan los ojos con un siseo húmedo, se tapa las orejas. Pero siguen insultándola y, un minuto más tarde, alguien todavía argumenta sobre las ventajas de tener un gato o un delfín hermoso, es una mascota mucho mejor, porque le puedes dar pellizcos. Philippe se serena con la misma elegancia de un cirujano que ha visto morir a una niña. En un gesto de ternura, se sube los calcetines blancos y se desabrocha el botón de la camisa. Todos vuelven a sentir frío. Es extraño, pero su amigo les parece ahora una copia idéntica al de la fotografía, alguien lejano, que puede ver una grieta roja o una lengua más allá del horizonte.

-Era Oblonga —dice—. Era mi cabra. No lo

entendéis.

-Una puñetera mugre, eso es lo que era —se atreve a comentar André.

Philippe se mira las palmas de las manos, y deja caer lentamente las palabras a las profundidades de la tierra.

-Yo vi su gloria... su reino de tinieblas. Ella me enseñó el otro lado. Me quería.

Niega varias veces con la cabeza.

-No, no lo entendéis.

Entonces cierra los ojos y habla en un susurro; y eso lo saben todos, lo bien que habla Philippe. Esta vez, su voz es extraña, y nunca la han escuchado. Está como torcida, llena de agua negra.

-Quietur martis cribdimur doblerrrrcccccccc...

El grupo está muy inquieto. Hay algunos gritos.

-¡¿Pero tú desde cuándo sabes latín?!

-No es latín —dice—. Ya lo veréis.

En el ajetreo del colegio, Philippe ha sido siempre de los más ordenados con sus cuadernos, sus lápices y sus archivadores clasificados alfabéticamente. Por eso, el primero de ellos que ha insultado el honor de Oblonga empieza a gritar porque le están sangrando los ojos.

Después hay un olor espantoso a pelo quemado.

Ahora crece el silencio.

El viento ha arrancado y tumbado la portería, y como es el que manda aquí, la arrastra unos instantes y se la lleva volando hacia las nubes antiguas que presiden del cielo. A Velociraptor se le ve dar alaridos imponentes mientras intenta avanzar con las muletas

hacia el bosquecillo. Tiene una fama innmerecida, piensa Philippe. No va tan rápido después de todo. Se frota las manos y lo mira ahí, a lo lejos. Ah, es tan poca cosa. Está a punto de llegar a los primeros árboles. Comienza a recitar palabras nuevas, palabras obsidianas y suaves con las que en el futuro se arrodillarán los que lo sigan. Al principio no sabe por qué, pero decide que es mejor parar. Se acuerda de Oblonga y se le humedecen los ojos pensando en los buenos momentos, como cuando balaron a la luna y toda la hierba que había bajo el gran álamo, a las afueras de la granja, se puso negra. Bien: tiene que aprender a ser práctico. Ahora que Oblonga no está y todos los demás están viajando a un lugar sin calefacción, sería tonto no guardarse al menos un amigo. Les queda toda la adolescencia por delante. No puede hacerlo todo solo. Algún día tendrán que construir una cabaña en uno de esos árboles y hablar seriamente del champú de las chicas.

-Oblonga —pregunta Philippe al cielo. Ahí arriba acaban de aparecer algunas pequeñas grietas luminosas—. ¿Verdad que tú hubieras hecho lo mismo que yo?

Un instante después, ya tiene su respuesta, así que vuelve a subirse los calcetines manchados de hierba, se peina la raya a un lado y, sin perder más tiempo, anda tranquilamente hacia la fronda.

-¡Velociraptor, espera! ¡Espera que voy contigo!



MEJOR RELATO MONEGRINO

Los gatos no tienen dueño

Marta Armingol Armañac

Marta Armingol Armañac

Marta Armingol Armañac. 25-10-1982 (Huesca).

Crecí en Cartuja de Monegros, uno de los muchos pueblos de colonización que pintan el paisaje monegrino. Una infancia llena de tierra, de charcos, de visitas al Monasterio de La Cartuja de las Fuentes y bajadas en bici sin frenos hasta su fuente. Días felices en los que los setos enmarcaban las calles de mi pueblo y los niños nos divertíamos saltándolos, cayendo en medio si eras más torpe como era mi caso, y escribiendo historias, a veces inventadas o a veces reales, de los que sucedía en una niñez de calles sin asfaltar. Desde muy pequeña he mostrado interés por la literatura. Contar historias y bucear en las historias contadas por otros han sido dos de mis grandes pasiones desde que tengo uso de razón.

Con 17 años fui seleccionada finalista en el Premio de Literatura Joven de Aragón del año 2000, por lo que publicaron dentro de su antología mi relato “El Corazón de Azabache”. Cierto es que, durante unos años, me alejé del mundo literario para cursar mis estudios en Administración y Dirección de Empresas. Una vez licenciada y tras unos años viajeros y experimentales retomé mi camino, ese que nunca pude olvidar, realizando varios cursos de escritura creativa. Fruto de ello es la publicación del relato “De las manzanas y sus gusanos” recogido en la antología “Para

escribir, el Aire” editado por la Escuela de Escritores en el año 2013.

En 2015 fui finalista del XII Concurso de Relatos Cortos para leer en tres Minutos Luis del Val con el relato “Here Comes The Sun”, publicado en el libro Relatos para Sallent.

Actualmente estoy trabajando en varios proyectos, uno de ellos es la búsqueda de editorial para la publicación de mi primera novela: *Los Días Blancos*.

Los gatos no tienen dueño

Marta Armingol Armañac

Son solo las dos cuando Elena se despierta sobresaltada. Dani aún no ha llegado, no lo hará hasta pasadas las tres y media, cuando cierre el bar. Eso la tranquiliza. Es la tercera noche consecutiva que el insomnio la encuentra en una cama a medias. Mira el despertador, siempre la misma rutina, se levanta, va hasta el baño y se baja las bragas. Sentada en el váter se le duermen las piernas y su anular izquierdo palpita pidiendo auxilio, pidiendo salir. El anillo que él le regaló se encoge cada noche, el dedo se le hincha y no es la primera vez que brilla sin brillo en la oscuridad.

Su novio no llegará hasta dentro de dos horas, quizá algo más; no acaba hasta que echan el cerrojo, es lo que le dice siempre aunque ella ya no pregunta. Cojea hasta el lavabo y sumerge el dedo en agua fría hasta que la inflamación remite; después de aplicar cinco minutos de jabón, sale y lo deja sobre la mesa de la cocina junto a las naranjas que él desayuna.

Aunque las ventanas están abiertas no corre el aire, el calor se ha instalado dentro de casa, pero eso no le

impide comenzar a vaciar cajones. Su gata la mira; deberían estar durmiendo, fingiendo que lo hacen para cuando él llegue, sin embargo se mueve de forma mecánica mientras mete en una caja todos sus libros y todo aquello que le pertenece. Las maletas verde y la morada son las suyas, al abrirlas encuentra el certificado de autenticidad del anillo. “Guárdalo bien, es lo que mantiene su valor”, le dijo cuando se lo regaló. Lanza su ropa encima, hasta que lo cubre por completo. Después busca a Sima para meterla en el trasportín. No está en el sofá, no está en el baño, no está en ninguna parte en un piso de cuarenta metros, hasta que agita su bolsa de galletas y saca la cabeza de entre los cartones.

Todas sus cosas han cabido en la parte de atrás del coche y se han dispuesto para marchar a casa de sus padres. Sin dejar una nota, sin dejar una sola duda. Dani no se atreverá a ir a buscarlas, no después de la última visita. Abandona las llaves sobre el mueble del recibidor y echa un último vistazo, el apartamento le parece más pequeño. Hace tiempo que Madrid se les estaba quedando grande.

Cuando su novio le entregó el anillo dijo que no importaba cuánto le había costado, que era una inversión de futuro. Una inversión que les ha dejado con cuarenta euros hasta llegar a fin de mes; saldo cero en Cuatro Caminos. El coche llevaba aparcado más de un mes, en reserva. Para largarse de allí y huir del alquitrán va hasta la gasolinera de Bravo Murillo. No hay nadie a esas horas, solo un señor detrás de un reja que le cobra a más de un euro el litro de combustible. Necesitará café,

son casi cuatrocientos kilómetros, luego treinta y cinco euros deberían de bastar.

Abandonar la ciudad de madrugada le hace sentir como una animal que no se ha adaptado a vivir en cautividad. Un animal salvaje de ojos brillantes al borde de una cuneta. Temeroso y relegado. Frena en un semáforo en el que no pasa ningún coche y acelera en vacío pero sigue inmóvil: es una liebre que, en cualquier momento, podría salir corriendo para salvarse o morir aplastada.

En la M30 no hay cielo, solo edificaciones erguidas en vertical y el silencio que permiten los pocos coches que, aún a esas horas, circulan. Le adelanta un taxi, sin riesgo de aplastamiento, pero se sobresalta por el sonido del claxon. Carril de la izquierda a cincuenta no parece la mejor opción.

Madrid nunca se acaba, los bloques de pisos no tienen fin. Intenta sacar cuentas: veintinueve litros de gasolina, trescientos y muchos kilómetros, siete litros a los cien. No tiene ni idea, pero cree que llegará. Debe creerlo.

Son casi las cuatro y Dani estará a punto de llegar a casa. Baja las ventanillas y entra un soplo fresco que huele fatal. Dentro de la penumbra del coche solo quedan las luces del cuadro y los ojos felinos de Sima demandando una explicación. Le inquieta que a su gata se le vuelva a caer el pelo de detrás de las orejas, que vuelva a ayunar durante ocho días, que sobreviva a este cambio.

Es domingo de ventanas encendidas. Dentro estarán los que viven rodeados del amparo que dan cuatro paredes; el joven borracho que entra de puntillas y tropieza con

el jarrón de la entrada, el doctor llamador de urgencia, la insomne frente al frigorífico amarrada a una tableta de chocolate mientras piensa en cómo llegar a final de mes.

Elena lleva trabajando de nueve a seis en un edificio de hormigón gris, de lunes a viernes, en verano y en invierno, desde hace dos años. Él siempre la iba a buscar a la salida. Un mes de vacaciones. Tres semanas en agosto. Las mismas que su chico, aunque pudiese elegir. Llegaron a la ciudad en medio de la euforia desatada por la victoria de la selección, habían ganado la Eurocopa. Este miércoles España ha perdido el primer partido de su estreno en el mundial, entre las selecciones que ganaron el torneo jamás ninguna perdió ese encuentro. Eso no importa, Dani cree que España será campeona del mundo este año. Ella no lo cree y por eso se marcha antes de la derrota.

No hay quien lo aguante.

No le gusta el fútbol, pero el otro día la dejaron salir antes del trabajo para ver el partido y nadie la pudo ir a buscar. La gente fue al bar con la misma inercia que veintidós hombres corren tras una pelota mientras conquistan el mundo. Un mundo controlado por el golpeteo constante, a patadas, de una esfera. Por supuesto, ella no fue. No se cree mejor ni peor por ello, pero no se sentía bien. En la gran ciudad su relación no acababa de ir del todo bien, pero desde que él empezó a trabajar en el bar llevaban tres meses de auténtica mierda.

Vinieron hasta aquí para vivir su aventura. “Tú y yo,

solos”, le dijo. Con la carrera recién acabada a lo máximo que pudieron aspirar fueron a mil euros al mes. Con eso no viviréis, les dijeron. Con esto no vivimos; se dio cuenta. Pero se quedaron, defendiendo el derecho a vivir su sueño, renegando de su tierra. Los Monegros quedaban muy lejos y pequeños desde la capital.

De forma automática comienza el ronroneo, como cada noche cuando se oyen las llaves girar. Su padre le dijo que “la vida nocturna no es futuro”; cosas de viejo. Ahora con el dinero justo para llegar a casa cree en esa sabiduría diabólica, pero reconocerlo será otra cosa. Vibra el móvil y la llamada salta al manos libres llenándolo todo de un impertinente sonido que absorbe en una sola bocanada el poco oxígeno recuperado. La gata está ronroneando más fuerte cuando el ruido cesa, apaga el teléfono y Sima se apaga con él.

Detiene el coche en cuanto puede. Baja. Respira. Lejos de la ciudad hay más oxígeno. Son casi las cinco de la madrugada y un cartel avisa: Zaragoza 257. Por la A2 solo hay camiones; lentos gigantes que deslumbran con sus faros y la hacen sentir diminuta. Por suerte la Comunidad de Madrid ha quedado atrás después de una hora de viaje. Dentro de poco el día comenzará a clarear.

Sus padres tienen un perro y dos gatos, no sabe cómo se adaptará Sima a vivir con ellos. Lo ideal hubiera sido contar con un remanente y poder volver a empezar, haber alquilado un piso y tener un nuevo territorio que defender. La realidad son cinco euros en el bolsillo para café; para combustible.

El día que su chico le regaló el anillo le dijo que no podría ir a buscarla al trabajo, que debía quedarse en la empresa un par de horas más. Era una tarde de primavera con sol y sin pájaros y deambuló tranquila, sin prisa por volver. Al entrar, el apartamento olía a cera y estaba lleno de velas que se habían derretido durante la espera. Dani se enfadó. No fue romántico, pero tenía la joya comprada y le pidió que estuviesen juntos para siempre. Le puso el anillo en el dedo anular izquierdo y, antes de que pudiesen besarse, la gata se abalanzó sobre su mano intentando morderlo.

No debería haberlo dejado, podría haberlo vendido y así conseguir el dinero que necesita. Por suerte el coche era suyo, una chatarra del año noventa y seis, pero su chatarra. Él no tiene con qué seguirla. No tiene coche. No le queda dinero. Además le lleva más de una hora de ventaja, sin embargo cree escuchar sus insultos desde allí. La está llamando zorra, como siempre. Porque eso es lo que es: una zorra de las que viven agazapadas en las márgenes de las carreteras esperando su momento para cruzar. Una zorra astuta, quiere creer.

Sima es un reloj que cada día a las seis de la mañana pide galletas. Tiene que detenerse. Elena es un reloj que a las seis de la mañana pide café. Al levantar el pie del acelerador le ha sobrevenido todo el cansancio acumulado de las últimas noches en vela, de la huida. Ha entrado en Aragón y al sentirse más cerca de casa la musculatura parece haberle dado un respiro. Castilla es vasta, pero también se ha acabado.

El calor anuncia que será inminente, pero en la estación

de servicio de Cetina todavía les respeta. Echa por la ranura del trasportín tres galletas para la gata y va hasta el bar: pincho de tortilla y café con leche, tres cincuenta.

Doscientos kilómetros, ya no queda nada.

En el baño mete la cabeza debajo del grifo de agua fría; necesita mantenerse despierta. Su coche no tienen aire acondicionado y el sol ha salido sin piedad. Antes de arrancar enciende de nuevo el móvil que tintinea varias veces dando aviso de llamadas perdidas, lee un solo mensaje de los que aparecen en pantalla: “NO HAGAS GILIPOLLECES”, y lo apaga de nuevo.

A los animales los viajes no les sientan bien, la gata tan solo ha tragado una de sus galletas. Algo así no ocurría desde las primeras semanas en Madrid cuando apenas comía y devoraba sin ningún criterio la malla roja de las bolsas de naranjas que, luego, se convertía en vómito rojo. Se daban cuenta cuando Dani lo pisaba y comenzaba a gritar por toda la casa que “por qué coño había tenido que traer al puto gato”.

Se siente cansada al volante y sintoniza una emisora. Elena no está acostumbrada a oír programas matinales de radio los fines de semana. No los conoce, jamás los ha escuchado. Durante los dos últimos años a esas horas aguardaba a que su chico se despertase, agazapada en la cama, apenas sin respirar para no hacer ruido, hasta que él se ponía encima y la penetraba. Después, pasadas las once, bajaba a comprar cruasanes mientras ella se daba una ducha.

Hablan y hablan, pero ella no atiende. Solo desea que

la carretera avance, que las líneas blancas intermitentes se acaben. Sujeta el volante con tanta fuerza que le sube un hormigueo hasta el cuello y tienen que desacelerar; el viejo coche había alcanzado más de ciento cuarenta y los carteles que avisan: velocidad controlada por radar, se suceden cada poco.

El anillo le ha dejado marca. Tuvieron que hacérselo más pequeño porque al principio se le caía y Sima apunto estuvo de engullirlo en un par de ocasiones. Después le apretaba. Con el calor los dedos se le hincharon y su mano parecía a punto de explotar. Para ella dejar el anillo sobre la mesa ha supuesto una liberación que ha permitido que la sangre le circule de nuevo por toda la palma. Por su mano abierta. No le importa mucho su valor y sin embargo sabe que de haberlo traído contaría con algo de dinero. Le da igual que se lo regale a otra si la encuentra, aunque mejor que no lo haga.

Desde que ha entrado en Aragón observa el tráfico en dirección contraria y cree que son más los que se van. En dirección a Madrid la carretera está condesada. Es totalmente de día y el sol comienza a dibujar piscinas negras sobre el asfalto; Elena se zambulle en ellas, en la soledad de los últimos meses, y se esfuerza por salir. En los campos los tractores trabajan, es tiempo de cosecha y huele a alfalfa recién cortada; le encanta ese olor porque de niña llegaba a los pies de su cama antes que el sonido de las máquinas

La aguja de la gasolina ha bajado, le queda algo menos de un cuarto de depósito cuando divisa los primeros molinos eólicos. Son molinos gigantes; siempre hacía

esa broma cuando viajaban con Dani, él nunca se reía, solo se quejaba: “el viento en esta tierra es un toca cojones”. Al menos aquí se respira, piensa. Empieza a respirar. Se siente regresada a la ínsula. Es allí donde quiere quedarse, pero tendrá que pedir dinero a sus padres. La realidad se cuenta en un euro y medio y la gasolina que no sabe si alcanzará.

Toma la salida de Sariñena para, ahora sí, adentrarse por fin en Los Monegros. A pesar de que son poco más de las siete de la mañana los ciclistas ya han tomado la carretera y los tractores regresan a las cooperativas cargados de hierba. La circulación ya no es de autovía, es una circulación autonómica.

El paisaje desértico sobrepasa la comarca y rodea Zaragoza. La tierra amarilla se abrasa bajo la insistencia del último sol de primavera; solo falta una semana para que empiece el verano y, sin embargo, parece llevarles días de ventaja. No será complicado encontrar un trabajo de lo que sea, pronto.

Sima comienza a maullar, seguramente se siente incómoda y necesita beber agua o hacer sus necesidades, pero falta poco. “Tienes que aguantar. Ya casi estamos”, le dice. La luz de la reserva se ha encendido y todavía faltan más de cincuenta kilómetros para llegar, así que no tiene más remedio que minorar la marcha. Como mínimo tienen que alcanzar a cruzar la sierra. Al otro lado estarán en casa.

Al llegar a Leciñena duda si jugársela o no, la reserva no llegará mucho más allá de cuarenta kilómetros y hace un rato que se ha encendido, además arriba no hay

cobertura, allí no podrá llamar a nadie. Pero no para, ahora sabe que no se puede parar, por mucho que el pobre animal le esté pidiendo a gritos salir de su cárcel.

Comienza a subir la sierra, tan solo son unos diez kilómetros y cambiará de provincia, estará en Huesca. La gata comienza a arañar la paredes del trasportín; comienza el proceso de cambio de territorio. No lo va a soportar. Elena trata de no pensar en ello, centrándose en la carretera marcada por las amapolas, rojas y salvajes, resistentes. Pero no va a ser fácil, un maullido ronco y desesperado le hace apretar el acelerador olvidándose de que apenas le queda combustible.

Comienza a bajar, llegará con la inercia. Se ha acostumbrado a los quejidos y ya no le molestan. Es mejor así, piensa. La esperanza la atrapa una vez pasado Alcubierre. Son casi las ocho de la mañana y ya está en casa. Ya está a salvo. Sima ya no maúlla y, de repente, dentro del coche huele fatal. Aparca en la gasolinera, en medio de la nada, y descubre a la gata con los ojos muy abiertos junto a una montaña de vómito. Está en una esquina del trasportín tratando de no ensuciarse. Sube las ventanillas evitando que huya y le abre para que pueda buscar un sitio en el que acicalarse. De nuevo se comió la malla de las naranjas, la masa es una bola roja. La recoge con un par de pañuelos de papel, no sin sufrir alguna que otra arcada, y al introducirla en la bolsa de plástico palpa algo duro. “Pero qué coño te comiste, marrana”, dice mirándola.

Mete la mano y aprieta sobre la celulosa. Va dándole pequeños pellizcos cuando siente como algo entra en

uno de sus dedos: es el anillo. No se lo puede creer. Lo empuja hacia arriba y lo recoge en un pañuelo limpio. Sima está acomodada en el asiento de atrás, inmersa en su turno de aseo: se lame una pata de delante y luego se lava la cara, se lame la otra pata y luego se lava la cara.

Tiene que bajar del coche para llenar los pulmones de aire puro. Aprieta el puño con fuerza y coge impulso con la intención de lanzarlo lejos. Pero se detiene. Contempla los cultivos, los yermos y el páramo mientras la sierra, al fondo, anuncia con nubes un posible chaparrón. Abre la mano y mira el anillo. El sol aplacando y sofocándolo todo. Ya no le duele el último golpe recibido en la barbilla. Fue el primero y el último, se lo juró a sí misma. Elena se siente fuerte sobre esa tierra, algo más que una sombra cayendo sobre el suelo. Mira al frente, luego a su mano, la aprieta y entiende que, donde algunos solo ven desierto, ella acaba de descubrir el mar.

